HISTORIA
del
Descubrimiento
de
Valparaíso

por

TÁCITO

(GABRIEL ALVAREZ O.)

Publicación auspiciada por el Comité Ejecutivo del IV Centenario del Descubrimiento de Valparaíso

Valparaíso, Septiembre de 1936

VALPARAISO
IMPRENTA Y ENCUADERNACIÓN ROMA
—
1936

CAPITULO I

I. Honores al descubridor de Chile y homenajes al descubridor de Valparaíso,—II-La expedición marítima de Almagro. Llegada del «Santiago», Juan Fernández y una anécdota.—III. Visitas de inspección de Almagro y la «Historia de Valparaíso».—IV —Como fué descubierto Valparaíso.

I

Se trata de establecer y de recordar aquí cómo se produjo, hace cuatrocientos años, el descubrimiento de Valparaíso por el capitán don Juan de Saavedra o Sayavedra (1) al mando del descubridor de Chile, el adelantado y mariscal don Diego de Almagro, para honrar dignamente la memoria de aquellos esforzados descubridores, especialmente al que bautizó con el nombre que ostenta como segunda ciudad del país y capital comercial de la república.

Vamos a tratar de hacer esta recordación,—como lo prometimos en el ensayo histórico *Almagro y sus compañeros*—y darla a conocer lo más breve, pero también lo más fielmente posible ante la luz de la historia.

Mas, para llegar a nuestro fin, el descubrimiento de Valparaíso, debemos sentar primero esta premisa: realmente don Diego de Almagro fué el motivo, la razón o la causa del suceso; Juan de Saavedra fué el instrumento, el feliz descubridor y el inspirado autor del nombre del bautizo. Uno le dió el nombre; el otro lo fundó.

La rada de Valparaíso, pues, asomada al dintel de su bahía, ha visto nacer esta nación al aliento de sus descubridores y con-

(1) Leed la parte final del capitulo II que trata de este apelativo.

quistadores, y ante la avisora novedad de sus aborígenes de la primitiva Aliampo o Alimapu y valle de Quintil, ora airada ora tranquila, ha abrigado en su hospitalaria ensenada—tal vez pueda decirse—los primeros vagidos de la república; y así ha ido creciendo poco a poco, en cuatro siglos, viviendo sucesos y alternativas como destacado organismo del país, desde «primer puerto del reino» hasta llegar a ser llamada por antonomasia «la Perla del Pacífico».

II

Mientras don Diego de Almagro y sus compañeros conquistadores descansaban rendidos de la grandiosa gesta,—y tal vez soñaban, allá en la noche del 24 de Mayo de 1536, encontrarse por fin en la provincia y «valle Chile» o «la tierra cuajada de oro», que les vendieron en el mentidero del Cuzco,—llegaba allí al día siguiente, en la Ramada (según Oviedo) del valle de Aconcagua, un emisario español anunciando la llegada a la vecina costa, de una nave perteneciente al propio descubrimiento marítimo de Almagro. Aquella nave aunque recalaba muy maltratada y haciendo agua, venía cargada de provisiones, ropas, pertrechos y materiales diversos para la propia expedición (1).

Tan magnífica noticia les sorprendió allí—según el cronista Fernández de Oviedo—el día de la *Ascensión*, que cayó ese año 1536, conforme Barros Arana, el *25 de Mayo*, (2) y produjo gran regocijo y animación en el real de los conquistadores; y Almagro ordenó que con el propio marino mensajero fueren algunos infantes para ayudar a los marineros en la descarga y depósitos en tierra, y suficientes ginetes para resguardarles de posibles ataques de los indios.

Como hemos dicho en el ensayo *Almagro y sus compañeros*, el adelantado que sabía concebir y emprender empresas, había dispuesto que de los buques comprados por él al conquistador de Guatemala, don Pedro de Alvarado, se habilitare una escuadrilla de tres navíos y que zarpare al sur para el descubrimiento marítimo y geográfico del litoral; y para coadyuvar y dar la mano a su gran expedición terrestre a través de los Andes, en el reconocimiento de la gobernación de doscientas leguas que le concedía el soberano. Tres fueron los capitanes a quienes encargó la empresa, pero el capitán Ruy Díaz fué el que se hizo cargo de aquella expedición, y escogió, al efecto, los marinos más preparados de que entonces se podía disponer en el Perú y que le había indicado previamente Almagro. Entre estos pilotos se contaba Alonso Quintero que capitaneaba un navío grande, de nombre *Santiago*, piloto a quien conoció personalmente Oviedo, y de quien dice en el lib. 47, cap. V. de su *Historia*

(1) Ver ensayo histórico «Almagro y sus compañeros», cap. VIII pág. 79.

(2) Barros Arana, «Historia de Chile» t. I pág. 193.

de las Indias: «Yo le conocí bien y él era marinero diestro y no del cuadrante, sino así arbitrario a las derrotas e saber común e más aficionado que otro a una baraja de naipes, pero en el astrolabio inorante».

Otro de los pilotos era Juan Fernández, que más tarde diera su nombre a la isla legendaria cercana a Valparaíso, piloto aquel a quien eligiera Almagro para que, según fuere la suerte de su expedición, llevarse a Carlos V. noticias de aquella empresa, cruzando por el Estrecho de Magallanes, límite de su concesión (1). El nombre del otro capitán, no se conoce. Y a propósito, porque viene muy a punto y porque lo merece, vale aquí un paréntesis para recordar una anécdota sobre Juan Fernández, en la nota que va al pie (2).

Como se indica en la historia *Almagro y sus compañeros*, por disposiciones náuticas a que debían ceñirse aquellos pilotos, no podían alejarse de la costa aunque tuvieran en contra las mareas o los vientos reinantes de la estación. Y esta circunstancia, en unos; ajenas causas, como detenciones judiciales, en otros; y en todos esos navíos la vetustez y estar en malas condiciones para navegar, no alcanzaron a llegar a su destino: salvo el más pequeño de todos, el *Santiago*, al que después los españoles en Chile llamaron *Santiaguillo*, (por su porte o para distinguirle del navío mayor de igual nombre que quedaba en el Perú), y el cual llegó a una caleta de la costa, al sur de Coquimbo, que no indican los cronistas, pero que ha sido sin duda Los Vilos o Quintero.

Entre lo que condujo aquel pequeño navío al general, había toda clase de elementos para hacer armas, municiones, incluso «para hacer bergantines para las islas, barcos para los ríos, todo se llevó en esta armada conveniente a una conquista semejante», según el mismo Oviedo.

Para que apreciéis con entera convicción los sucesos que va-

---

(1) Fernández de Oviedo, *Historia de las Indias*, lib. 47. cap. IV.—o Historiadores de Chile, Colección Medina, t. pág. 231 dice: «galeon que le trujese Juan Fernandez, piloto para que si la tierra respondiese, como pensaban, fuese por el Estrecho de Fernando Magallanes a Castilla»

(2) En 1563 descubria este marino (Juan Fernández) la famosa isla de su nombre.

Necesario es recordar que el almirante Pastene, uno de los mejores marinos de la época aquella, para avisar a Pedro de Valdivia, el levantamiento de Gonzalo Pizarro en el Cuzco, hizo la travesia del Callao a Valparaiso en ocho meses.

Pues, Juan Fernández, hizo ese mismo viaje en 30 dias; y llegada la noticia a oidos de la Inquisición, ésta no dudó un punto de la intervención diabólica, y Juan Fernández estuvo al margen de un espinudo proceso. Pero habiendo el marino demostrado su *derrota*, que fué formar un ángulo con vértice lo mas al occidente del Pacifico, y luego comprobó que se podia llegar a Valparaiso a impulso de los propios vientos del sur que eran el eterno obstáculo de los marinos costeros. (Y esta fué justamente la razón por que no alcanzaron a llegar a las costas de Chile las demás naves de Almagro).

Oídas las explicaciones del marino, el Santo Oficio modificó entonces su concepto de que Juan Fernández anduviese en amistosas pláticas con Satanás.

mos historiando, nos remitimos principalmente al ilustre cronista Gonzalo Fernandez de Oviedo, a quien creemos la mayor autoridad y el único que trata de ellos con mas exactitud y proligidad, —excluída la cronología que por desgracia no usaban ni podían usar muy a menudo los cronistas de aquel tiempo, por los escasos medios de publicidad de que se disponía, y que generalmente había que atenerse al testimonio de viva voz o de palabra— como contemporáneo y amigo de Almagro, como que en su expedición fué y murió ahogado un hijo suyo, veedor real, al regresar al Cuzco.

Dice Oviedo, *Historia general de las Indias*, lib. 47, cap. IV, y que podéis consultar tambien en la *Colección* Medina, Historiadores de Chile, refiriéndose a los principales episodios de esta Historia.«En la raya de la provincia de Chile halló el adelantado dos caciques que le recibieron en paz, con hasta 200 gandules naturales... e trujeron algunas ovejas e maíz que aquel día comieron los españoles, a los cuales el general les habló graciosamente e les dió algunas joyas de las suyas, asi para que perseverasen en la amistad»...«e prosiguió su camino hasta un pueblo que dicen de la Ramada donde halló que estaba en sus casas la gente...» Y estando allí el día de la Ascensión (señaladamente)— y que ese año cayó el 25 de Mayo— bien desconfiado e descuidado de los navíos que traían en el descubrimiento de la mar... llegó un español al dicho pueblo que venía de un navio con cartas e relación que estaba surto un navío sotil de los del adelantado que se decía *Santiago*, en un puerto veinte leguas de la cabecera de Chile e que venía mal acondicionado e hacía mucha agua e no traía estopa ni pez para poder calafatear, por la mucha broma quel navío traía e venía cargado de mucha cantidad de armas e hierro e ropa de vestir e de cosas muy necesarias para reparto e proveimiento de la gente e caballos."

Aquel mismo mensajero del *Santiago o Santiaguillo* dijo a Almagro que otro navío grande llamado *Santiago* que traía el capitán Ruy Díaz por la costa, en que se venía don Diego de Almagro, hijo del adelantado, había arribado a Chincha, porque hacía mucha agua»... El piloto de esta nave grande se decía Alonso Quintero e fué a reparar el navío al puerto de Lima.» (Aun no se había puesto a ese puerto el nombre de Callao).

III

Para que os déis cuenta de las visitas de Almagro inspeccionando aquella zona de su gobernación, hacemos un ligerísimo itinerario a la vista de la historia de Oviedo. Conviene esto porque se necesita recordarle en seguida.

De allí de la Ramada o Ramadilla, llegó al pie de un puerto de nieve (ver libro indicado *Almagro y sus compañeros*). «Pasado dicho puerto dióse toda priesa para llegar a Cuncancagua, cabecera

de la provincia de Chile—caserío llamado después San Felipe del Real—y en un pueblo que está en el camino, cuatro jornadas antes del que se dice Lua, tuvieron la pascua..." (1).

En ver esto, en sus conciliábulos con los indios para conocer las riquezas o pobreza de la tierra, la huída de los indígenas, la traición y descuartizamiento de Felipillo y llegar a *Concancagua*, «cabecera de la provincia de Chile,» había ocupado Almagro un tiempo más o menos considerable, desde que llegó el *Santiago o Santiaguillo*.

A pesar de todos los informes en contra sobre las riquezas de la tierra, resuelto Almagro a desengañarse por sí mismo, y alistándose para pasar adelante, recibió carta del capitán Ruy Díaz, que venía por la costa, noticiándole como había llegado con su hijo Diego y 110 españoles a Copiapó; y resolvió entonces Almagro enviar a esa exploración, en su lugar, al capitán Gómez de Alvarado en su expedición al Sur.

Entre tanto don Diego, que no gustaba de estar ocioso jamás, quiso conocer toda la «provincia de Chile» y de los Picones, y fijaos en este acápite de Oviedo que es de primordial importancia, como que se refiere y de allí nace el descubrimiento de Valparaíso: «E primeramente vido la costa de la mar e mandó reparar e calafatear el navío ya dicho con ropa de indios e sebo de ovejas, en el cual mandó entrar un capitán con setenta hombres e ordenole que pasasen hasta llegar al Estrecho e que fuesen costeando la tierra... e según después paresció en veinte días anduvo seis leguas».

Veamos ahora como fué descubierta aquella rada o caleta que los indios llamaban Aliampo (probablemente Alimapu, lugar abrigado) conocida también por valle de Quintil, y ahora con el nombre que lleva. Por desgracia hay una sola referencia concreta para determinarlo: la de el cronista español Pedro Mariño de Lobera en su *Crónica del Reino de Chile*; pero aquella misma base, por pulirla o hermosearla ha sido desvirtuada arbitrariamente por algunos cronistas modernos, que han llegado hasta tergiversar, al respecto, otros aspectos de la misma historia.

Uno de los primeros en tratar aquel punto base, fué el ilustre escritor e historiador don Benjamin Vicuña Mackenna en su *Historia de Valparaíso, 1868*.

Debemos hacer constar, que este notable escritor, hombre de gran talento y de asombrosa memoria, tenía a gala y costumbre dictar a numerosos secretarios sobre distintos temas o tópicos a la vez; agregándose la particularidad de no tener que corregir ni revisar originales por la excelente preparacion e ilustrada versación de sus mismos secretarios. De ahí que el autor a impulsos de su bríosa y fecunda imaginación, hiciere en el capitulo I de su obra, una brillante relación, dotada de numerosas citas históricas, del descubrimiento de la rada de «Alimapu» o Quintil, hoy

(1) Barros Arana, *Historia de Chile*, cap. citado, dice que la pascua de Pentecostés, cayó ese año el 4 de Junio.

Valparaiso; pero aquellos secretarios, descuidando sus proligidades, sin respeto a su jefe ni a la historia, le hayan hecho incurrir en algunas inexactitudes; y que, como hemos dicho, por la fe que el historiador tenía en esos amanuenses seguramente no revisó los originales a la vista de sus apuntes. Y aquellas afirmaciones por venir de un historiador tan prestigioso—muchas veces tomadas por otros sin el tamiz histórico,—han seguido prosperando como verdades inconcusas y citadas hasta el presente.

Así en la pag. 2 dice: «El mensajero que había llegado al real de Almagro el día de la Ascensión de María era pues uno de los tripulantes de esta nave que la protección divina de la Virgen...»

No somos versados en cuestiones religiosas, pero sabemos que la de Cristo es *Ascensión del Señor*, y la de la virgen *Asunción de María*; y lo hacemos notar porque hay una diferencia generalmente de tres meses entre estas festividades.

En la pag. 3, dando cuenta de la llegada del mensajero del *Santiago* al campamento de Almagro, dice: «En el acto mismo llamó a su favorito capitán, que entre todos los valerosos caballeros que le acompañaban muchos de los que pasaron a América con el gran Hernán Cortés, lo era el animoso Juan de Saavedra (quien desde el Cuzco había traído la vanguardia) y le ordenó que con 30 caballos ligeros fuese a reconocer el sitio a que había llegado la nave bienvenida. Dióle por guía al propio conductor de la noticia, y el mismo se aprontó a continuar sus fatigosas jornadas hacia el asiento de Çoncanicagua»

Y en seguida agrega:

«Juan de Saavedra era castellano como Almagro y había nacido en un pueblo corto llamado Valparaíso, a inmediaciones de la ciudad de Cuenca».

Si habéis apreciado los movimientos de Almagro—como con Oviedo los hemos mostrado anteriormente, o en el estudio *Almagro y sus Compañeros*,—desde que llegó el *Santiago* o *Santiaguillo*, hasta cuando refiriéndose a la resolución de Almagro dice Oviedo: «E primeramente vido la costa de la mar...» para lo cual ordenó a Saavedra adelantarse, habría pasado seguramente muchos días. No fué, pues, como sus secretarios le hacen decir a Vicuña Mackenna: «En el acto mismo»... No le mandó tampoco para ir a reconocer el sitio en que había llegado la nave; esto lo había ordenado hacer Almagro mucho antes. Le envió adelante a reconocer la costa: tal vez, en la rada de Alimapu habría ya recalado, para componerse, el *Santiaguillo*. Saavedra no «pasó a América con el gran Hernán Cortés»; vino con Pedro de Alvarado, conquistador de Guatemala; y no «era castellano como Almagro», según afirma o lo hacen decir al señor Vicuña sus secretarios—sino sevillano o propiamente andaluz.

Veis ahora que tenemos razón en atribuír a los secretarios del autor de la «Historia de Valparaíso» las inexactitudes apuntadas sin prolija investigación o previa confrontación! ¿De donde

sacóse la órden de Almagro a su capitán Saavedra para que «con treinta caballos ligeros fuese a reconocer el sitio a que había llegado la nave bienvenida», sino que esos amanuenses, verdaderos cuatreros, hurtaron aquellos treinta caballos al capitán de Valdivia, Francisco de Aguirre, estando tal vez con su tropa *dormida* en la cuesta de este nombre?

Por lo demás, aquella historia y su autor nos merecen toda consideración y respeto en todo lo que es verídica y sin duda revisada por el propio señor Vicuña, por lo cual nos honramos en citarla.

IV

Decíamos antes que hay una sola referencia histórica en que se apoya el descubrimiento de Valparaíso, y ésta lo da el cronista capitán, Pedro Mariño de Lobera, en su *Crónica del Reino de Chile*. Pero este cronista no mencionó aquel suceso en lo referente a Almagro ni sus capitanes, sino que da cuenta de él, por accidente, en el capítulo X de su obra citada, al tratar de Pedro de Valdivia y de su capitán Francisco de Aguirre, en que aquél manda a éste hacer un reconocimiento en la costa, justamente con respecto de una nave que se decía llegada por el Estrecho, y dice así. (Copiamos con cursiva lo que se refiere a Valparaíso). (1) Cap. X... «A este paso llegaron al valle de la Ligua donde tuvieron noticia de que una nave andaba por aquella costa y que había venido de España por el Estrecho de Magallanes y entrado por el mar del Sur hasta llegar hasta Chile y por certificarse el general de la verdad envió al capitan Francisco de Aguirre, hombre... en cualquier negocio que se le encargase, el cual fué con treinta hombres de a caballo corriendo la tierra por la parte marítima, hasta llegar a una babía llamada Alimapa, *a la cual había llegado antes el capitán Juan de Saavedra, natural de Valparaíso que era de los capitanes de don Diego de Almagro. Y por ser la fertilidad, hermosura y abundancia de arroyos de este sitio... le puso por nombre Valparaíso, el cual se ha quedado hasta hoy*, y es el más famoso de todo el reino...»

Esta es la única base histórica que existe y ha existido sobre el descubrimiento de Valparaíso, y que hay que respetar por la veracidad de su autor. Lo demás que se diga es pura imaginación, leyenda, bien inspirada sin duda, pero desprovista de todo antecedente de la historia.

Las conjeturas atinadas y razonadas sobre hechos concretos puede decirse que forman parte sustancial de una narración histórica. Mas las simples suposiciones sobre sucesos conjeturados sin mirar la historia ni sus fuentes, pero presentadas como historia y dejadas prosperar arbitrariamente en esta forma, son o serían mistificaciónes intolerables que es necesario extirpar.

---

(1) Ver Medina, Colección, *Historiadores de Chile* t. 6. p. 43

Lo que queda aquí completamente comprobado es que el capitán don Juan de Saavedra (1) enviado por don Diego de Almagro desde el valle de Aconcagua, en 1536, para que se adelantase con su tropa a reconocer la costa, llegó a una ensenada o bahía a que los indios llamaban Aliampo o Alimapu (lugar abrigado) y valle de Quintil, y por su situación, su aspecto o su belleza, le dió el nombre de *Valparaíso*. Pero ¿de dónde sacó Saavedra o Sayavedra la inspiración de aquel nombre? No se sabe. Unicamente se supone, con sobrado fundamento que tal vez fuere en recuerdo del nombre del pueblo de su nacimiento, a inmediaciones de Sevilla (2) y que sabemos existe hasta el presente con tal denominación (Valparaíso) en el partido judicial de Sevilla y en la jurisdicción de San Juan de Aznalfarache; quizás fuere por su semejanza en la hermosura del paisaje o por lo pintoresco del valle en contraste con las colinas, los cerros y quebradas: todo lo cual en conjunto, debió ser en aquel tiempo realmente hermoso, contemplado en su naturaleza primitiva y sin los destrosos y amaneramientos impresos por la civilización. Por aquello quizá el cronista Mariño de Lobera agregara: «Y por la fertilidad, hermosura y abundancia de arroyos de este sitio... le puso por nombre Valparaíso».

Repetimos que lo anterior entra en terreno de las suposiciones razonadas; de historia no hay más fuente que la citada, breve, pero concisa y precisa de Mariño de Lobera. Pero la veracidad de Mariño está afianzada por su corrección, por la del ilustrado padre Escobar y la rectitud del marqués de Cañete, don García Hurtado de Mendoza, que ordenó imprimir a aquél la dicha historia.

¿Y la tropa de que dispuso Saavedra? Ningún cronista la indica, ni creemos que tenga gran importacia para el caso el que fueren infantes o jinetes los componentes de aquella. Lo único que puede establecerse es que no fueron «los treinta caballos ligeros» que los secretarios del autor de la referida «Historia de Valparaíso», por copiar a la ligra el dato que da Mariño, sustrajeron al capitán Aguirre, de don Pedro de Valdivia, como hemos visto en la parte antes trascrita.

Pero ¿cuál fué la fecha del descubrimiento de la rada que Saavedra llamó Valparaíso? Ningún cronista lá determina y nadie puede fijarla con precisión: lo mismo puede haber sido "en los primeros días de Septiembre" que antes o después. Son cálculos fundados en deducciones posibles como la expedición del territorio chileno por Gómez de Alvarado en los meses de Junio, Julio y Agosto de 1536.

Según Barros Arana, "Historia de Chile", t. I, nota 34, p.

---

(1) Como hemos dicho al principio, a Saavedra se le nombra o se le conoce también por Sayavedra. Sobre esto damos mayores antecedentes mas adelante.

(2) Gómare en su *Historia de las Indias*, cap. 121, dice que Saavedra era natural de Sevilla y varios otros autores lo confirman.

191. la partida de Almagro del valle de Aconcagua tuvo lugar sin duda en los *primeros días de Septiembre de 1536*, es decir después de tres meses de arribo a esos lugares.

Es un hecho probable que el Santiago o *Santiaguillo*, luego de descargar en la caleta de su recalada, buscando seguramente mayores comodidades para reparar sus averías, siguió algo más al sur hasta dar con la rada de Aliampo o Alimapu y valle de Quintil y que Almagro estuvo en aquella rada o puerto recien descubierto y denominado Valparaíso por su nombrado capitán, término geográfico aquel que aprobó ampliamente, lo comprueba la aseveración de Oviedo; de todo lo cual damos más amplios detalles en el capítulo siguiente.

CAPITULO II

I. Almagro funda el puerto de Valparaíso.—II. Noticia sobre don Pedro Mariño de Lobera.—III. El verdadero apelativo del capitán sevillano descubridor de aquel puerto.—IV Biografía de Juan de Saavedra o Sayavedra.—Algunas remembranzas sobre Almagro.—V. Consideraciones sobre España.—Escuelas de Civismo.

I

Una de las aspiraciones porque deseábamos que se publicasen alguna vez estas obritas, era para hacer cumplida justicia a aquel hombre ilustre y de generosidad sin par que se llamó Almagro, y darle a conocer como descubridor y conquistador de Chile y fundador de Valparaíso, puerto que, como hemos dicho, descubriera su capitan Juan de Saavedra o Sayavedra, y cuyo apelativo tratamos de determinar más adelante: todo conforme a la historia.

Seguramente que transcurrieron algunos días antes que Almagro llegara a la costa y a la ensenada descubierta por el capitán Saavedra, pues es de comprender que éste inmediatamente avisó al Adelantado sobre aquel feliz descubrimiento y del lugar a que debería conducirle el propio enviado; ensenada aquella a que había llegado antes o acababa de recalar el pequeño buque Santiago, llamado desde entonces *Santiaguillo*. Y es de suponer, así mismo, que el capitan sevillano mientras esperaba a Almagro, y sabiendo que éste debía estar aún maltratado por aquella espantosa travesia andina,—más por su ancianidad y una dolencia física seria que le aquejaba, todo lo cual no trasparentaba sólo por su espíritu de sacrificio y su indomable valentía,—necesitaba descanso y abrigo y mantener a todos a cubierto de

la intemperie, fue sin duda de elemental previsión levantar algunas chozas o improvisados albergues aunque fueren con troncos de árboles y ramas en el valle de Quintil, aprovechando tal vez los mismos «changos» indígenas. Hay que recordar que esta aguda previsión de Saavedra—sobre albergues y elementos acumulados, efectuada en el fundamento de Paria (Charcas)—le mereció calurosas felicitaciones de Almagro y sus demás capitanes. (Luego lo de preparar albergues era función especial del alguacil, cargo que desempeñaba aquel y cuyos actos llegaban a la fundación de poblados).

Sin lugar a dudas Almagro estuvo algunos días en la rada de Aliampo, Alimapu (o Aliamapa como la llama Mariño de Lobera), y al llegar allí aprobó con su mayor satisfacción el nombre de Valparaíso que le diera su capitán Saavedra o Sayavedra; y a vista de su buque, el *Santiaguillo*, e informe de su estado de deterioro,... «mandó reparar e calafatear el navio ya dicho con ropa de indios e sebo de ovejas». Y luego agrega Oviedo, tal vez en cuanto se hubo cumplido este mandato, esta otra órden inmediata: «en el cual (el navío) mandó entrar un capitán con setenta hombres, e ordenoles que pasasen hasta llegar al Estrecho e fuesen costeando la tierra, e sabiendo los puertos e aguadas e que bajasen las islas que hallasen y en todas tomasen lenguas e guias para informar de la tierra, e de lo que hiciesen avisasen al capitán Gómez de Alvarado que iba cercano a la costa e según después paresció en veinte días anduvo seis leguas». (1).

Tenemos, pues, que don Diego de Almagro, como descubridor y Gobernador de Chile, constituyó en el surgidero de la ensenada descubierta por el capitán nombrado, el punto geográfico determinado en todo dascubrimiento marítimo, y que ratificó a su entera satisfacción el nombre de *Valparaíso* con que le bautizó su capitán.

Ésta sóla aceptación, otorgada en cualquiera forma, basta sin duda para constituir el hecho de la creación o fundación del puerto de Valparaíso por Almagro, en caso que no hubiere habido la ceremenia oficial requerida—cosa de la cual si no hay constancia, nadie tampoco puede negar que la hubo—; pero las órdenes a que se refiere Oviedo, como cronista real, emitidas aquí por el Adelantado y Gobernador de Nueva Toledo, constituyen otros tantos actos de mando y de dominio de autoridad suprema y acreditan ampliamente aquella fundación del puerto.

En ninguna parte del territorio de Nueva Toledo se ejecutaron actos más importantes del descubrimiento que en Valparaíso, y fué después de estar aquí, que los conquistadores denominaran estas comarcas, que antes eran conocidas por provincias tal o cual, como Reino de Chile. Y Valparaíso fué la puerta principal que hubo que franquear, desde entonces, para entrar o salir de dicho reino. Mariño le llama «el mas famoso del reino».

---

(1) Oviedo, Historia general de las Indias. Lib. 47, cap. IV.

La objeción que hacen algunos de que aquí no había moradores, no merece ocuparse de ello. El hecho sólo de aplicar al calafateo del *Santiaguillo* «ropa de indios e sebo de ovejas» basta para comprobarlo. Esa ropa ni ese sebo de ovejas habían de ir a buscarlos al valle de Coquimbo o de Aconcagua. Los tenían en sus ganados los indígenas moradores del valle de Quintil.

En esto nos ayudamos de la autorizada palabra del señor Vicuña Mackenna (que aquí revisara sin duda él mismo sus originales) quien respecto a la ensenada de «Alimapu» dice: ...«Habitábala esa raza especial de aborígenes que conserva todavia su tipo, su nombre y hasta su humilde ejercicio del mar: los antiguos changos...» Servíanse para esta industrias (la pesca) de cueros de lobos inflados que unían en pares por medio de fuertes costuras y tablillas rudas de madera, cuyos botes primitivos son los mismos que observó Beauchene-Gouin navegando centenares de leguas en las costas del Perú (1700). *Historia de Valparaíso*, cap. I.

Pero quien confirma el hecho fehacientemente es el propio Gobernador don Pedro de Valdivia al proveer una petición del Cabildo de Santiago en 13 de Noviembre de 1552, para que se cree un «puesto» para recibir y proveer los buques que lleguen al puerto, y que a esa persona se le conceda un pedazo de tierra en la hacienda de S. S. para que siembre y «tenga recaudo y mantenimientos». A lo que contesta el Gobernador «que en el puerto de Valparaíso hay agua y tierra *donde solían estar poblando un pueblo de indios* y ahora está despoblado, que allí puede sembrar el cristiano que estuviere en aquel puerto y que en estancia de S. S. no ha lugar, porque él quiere gozar de élla». (Primer libro del Cabildo de Santiago).

Dejamos comprobado, pues, que fué el Adelantado don Diego de Almagro el fundador de Valparaíso en 1536, en el mes de Septiembre, o días antes o después; que aquella rada, desde antes y en el descubrimiento de ella éstaba habitada por indígenas, los «changos; y que es infundada la alegación con que se nos quiere sugestionar de que fué don Pedro de Valdivia,—ocho años después (1544)—el creador de Valparaíso, cosa que no tiene asidero serio alguno. Es un simple error de apreciación o una paralogización de sus sostenedores. Estos se fundan en el decreto de 3 de Septiembre de 1544 en que Valdivia designa a Juan Pastene su teniente de Capitán general en la mar, y en la frase... «en el puerto de Valparaíso, que es en este valle de Quintil término y jurisdicción de la ciudad de Santiago del Nuevo Estremo.»

Más—como ya hemos dado a conocer la fundación de Valparaíso por Almagro—nos ahorra más disquisiciones inútiles, la otra frase, pero lapidaria, «*de nuevó*»... que contiene el propio decreto de Valdivia en que éste reconoce que el Adelantado Almagro se había efectivamente adelantado ocho años en *fundar* en aquella ensenada de «Alimapa» y valle de Quintil, el puer-

to de Valparaíso (la locución «de nuevo» significa aquí, «otra vez» o «vuelvo» a ratificar...; y esto fué lo que hizo Valdivia, ratificar la *fundación* que había hecho Almagro.

II

Antes de terminar estos párrafos, honramos estas páginas con dar siquiera una breve noticia de aquel militar historiador que tiene la gloria de haber sido el cronista que inscribiera en la historia la partida del nacimiento del puerto de Valparaíso, allá en 1536, y que bien merece nuestros rendidos loores.

Don Pedro Mariño de Lobera nació en España, en la provincia de Pontevedra, región de Galicia, en 1520. Fué su padre don Hernán Rodríguez de Lobera, capitán general de Pontevedra. Pasó a América en 1545, ejerciendo la profesión de las armas, y estuvo en Chile en tiempos de Valdivia y de García Hurtado de Mendoza; sin que sus arreos militares fueren obstáculo para tomar en el terreno toda clase de datos y apuntes para su historia o *Crónica del Reino de Chile*. Murió en Lima en 1594.

Como hemos dicho, el ilustrado jesuíta Bartolomé Escobar fué encargado por don García Hurtado de Mendoza para «reducir a nuevo método y estilo» —como dice aquél— el manucrito de la obra del capitán Mariño; manuscrito aquél que le fué confiado por el pundonoroso capitán como un verdadero tesoro, y él cumplía con mayor fe en el encargo por su fama de veracidad (1). No pudiendo leer algunas partes por deterioro del manuscrito, aparecen palabras y aun frases sólo con puertos suspensivos, en el original de esa historia, como lo dice Escobar.

III

Vamos ahora a tratar de comprobar si el apellido del capitán sevillano de Almagro es Saavedra, o Sayavedra; aunque estas disquisiciones nos son por demás odiosas por las polémicas que suelen entrañar.

Dicho capitán, que lo fué antes del gobernador de Guatemala, don Pedro de Alvarado, se unió al mariscal Almagro desde aquel histórico y casi trágico episodio de Riobamba (1534) (ver nuestro ensayo *Almagro y sus compañeros*, pág. *52 y 53*.) y lo acompañó en su expedición a Chile y que fué el descubridor de Valparaíso, se llamaba *Juan de Saavedra*, conocido también por contados autores, por *Juan de Sayavedra*.

Como no se conoce el verdadero apelativo del padre de don

---

(1) La «Crónica del Reino de Chile» fué reproducida en el tomo IV de la Colección de Historiadores de Chile y Documentos de la Historia Nacional, Santiago, 1865.—Puede leerse en la Colección de don José Toribio Medina. Historidores de Chile o en Documentos Inéditos para la Historia de Chile, tomo 6.

Juan que—sepamos—y en aquellos tiempos se llevaba el apellido de cualquiera de los abuelos (en nuestro apuntes el apelativo de la madre era Cortinas) parece que debería primar el parecer tanto del número como de los más autorizados historiadores y cronistas antiguos y modernos.

Algunos autores bien inspirados o por convicción, sin duda, quieren imponer su criterio y con éste el apelativo de Sayavedra, pero otros tal vez con más razón estan por Saavedra y alegan que aquel ha contribuído y sigue fomentando un galimatías histórico, una verdadera confusion entre historiadores y cronistas, ya que sabemos hubo tres *Sayavedras* entre los conquistadores españoles del Perú: el Sayavedra que se le confunde con Saavedra, compañero de Almagro y que murió alevosamente ahorcado en Lima (Perú) en 1544; otro Sayavedra muerto en Chuquinga en 1554; y un Sayavedra «soldado distinguido» ahorcado por Alarcon en Puerto Viejo, después de la batalla de Quito.

De modo que los autores hacen un legítimo infusorio, una verdadera mezcolanza con los nacimientos, hechos y muertes de estos tres Sayavedras españoles, como podéis ver en las enciclopedias y diccionarios biográficos que comentamos en seguida.

De entre los cronistas antiguos no encontramos más que dos que le nombran por Sayavedra, que son Agustin de Zárate, en su Historia del *Descubrimiento y conqnista del Perú* (1555) y Diego Fernandez, también en su *Historia del Perú* (1571), quienes parece que también confunden esos apellidos.

En cambio, por el apelativo Saavedra vemos que le nombran entre los cronistas más autorizados que se ocupan de este ciclo histórico: Gonzalo Fernandez de Oviedo, López de Gómara, Antonio de Herrera, Garcilaso de la Vega (el inca), Mariño de Lobera, y para no nombrar más, el mismo religioso anónimo de *Conquista y Población del Perú* que desde ahora deja de ser anónimo, pues hemos descubierto que se trata del padre sochantre Cristobal de Molina (Ver nuestra historia «Almagro y sus compañeros»... pag. 86) Entre los autores modernos, Claudio Gay; Góngora Marmolejo, Pizarro y Orellana, Vicuña Mackenna, Miguel Luis Amunategui y muchos otros chilenos y peruanos; el historiador Barros Arana que, como el erudito Medina ha registrado y transcrito personalmente mucho del Archivo de Indias de Sevilla, todos nombran al gallardo capitán sevillano *Juan de Saavedra.*

Resultaría, pues, que aunque se alegare con el verdadero e inobjetable apellido paterno, tal vez ni aun con la partida de nacimiento en mano (¡Cuantas eminencias o connotados varones no figuran en la historia con su nombre adoptado o su pseudónimo¡) ya sería inutil pretender cambiar hoy por el apelativo de Sayavedra al que está perfectamente consagrado en la historia, que es el de Juan de Saavedra.

Hemos oído sostener que el apellido Sayavedra lo mantiene en la historia una autoridad como Pedro Cieza de Leon. Perdo-

(1) No existían partidas de nacimiento en esos siglos, hasta que se creó el Registro Civil, siglo XIX, Saavedra y Sayavedra son iguales expresiones en formas diferentes audibles y ortográficas. Inútil aclaración.

nad el deciros que eso es falso con el testimonio de aquel mismo cronista sevillano, quien, en su «Crónica del Perú» cap. L.—Autores españoles t. 26, p. 404—dice: «Y cuentan españoles que hay vivos en este tiempo de los que vinieron con el adelantado don Pedro de Albarado *especialmente lo oí* al mariscal Alonso de Albarado y a los capitanes Garcilaso de la Vega y Juan de Saavedra y a otro hidalgo que ha por nombre Suer de Gangas, que, como el adelantado don Pedro llegase a desembarcar con su gente en esta costa, y llegado a este pueblo, hallaron gran cantidad de oro y plata en vasos y otras joyas preciadas;...» Como se ve, este eminente cronista no sólo conoció sino que conversó con Saavedra, y afirma que se llamaba Juan de Saavedra, como lo consigna; y todo el que haya leído a Cieza de León sabe lo estricto y minucioso que era en toda clase de detalles y datos fidedignos.

Garcilaso de la Vega (el guerrero e historiador, hijo del célebre poeta y capitán conquistador del mismo apelativo) que nació en el Perú y que alcanzó a conocer antes de salir de allí al capitán sevillano, quien fué tambien compañero y amigo de su padre, le nombra Juan de Saavedra, como puede verse en su valiosa obra *Comentarios Reales*, Lib. 3, cap. 18, ps. 214, 254 y otras.

Ahora bien; a fuer de imparciales debemos tambien consignar, que, al parecer de donde ha partido ahora la adopción del apellido Sayavedra es de la probanza de servicios hecha por Hernando de Sosa, secretario de Almagro, en 18 de Octubre de 1538, y en que aparece como testigo el ex capitan de Almagro que alli se le nombra *Juan de Sayavedra* y que acredita algunos hechos de Sosa. (Medina, *Documentos Inéditos para la Historia de Chile*, t. 5, p. 250)

Este testimonio es verídico, y sería concluyente al aparecer firmada aquella prueba, como se ve en otras probanzas; pero aunque no se esgrima esta circunstancia, históricamente existen tantos votos en favor de Saavedra que aun se duda y se señala el prejuicio de haberlo consignado así quien haya dictado o redactado aquella declaración y que pudo confundir un apellido por otro.

Luego el antecedente de Cieza, que nombra a Saavedra en varias partes de su obra, que hace más luminoso el testimonio de Garcilaso de la Vega y que confirman tan autorizados autores, incluso el referido padre Molina (ex anónimo, hoy «descubierto») autor de *Conquista y Población del Perú*, que conoció y trató a aquel capitán en la expedición a Chile, y que le llama también Saavedra ¿no son argumentos suficientes para dudar de aquel apelativo y que los distintos personajes Sayavedra hayan sugestionado o turbado a cronistas y secretarios de «probanzas»? A esta altura se nos indica que también hay obras de un mismo autor—como Cieza—que en una edición se ve el apellido Saavedra y en otra Sayavedra.

Por lo demás, parece que poco o nada gana el ilustre capitán sevillano con que a su apellido se le quite una vocal o se le añada otra letra, por más consonante que sea; ni allegamos más

razones—a uno ni a otro bando—por alejar las polémicas: que no tenemos en ello más interés que el que brille la verdad histórica. Y sólo por eso decíamos antes que difilmente podría reconocérsele como Sayavedra, pues la calidad y el número de historiadores y cronistas en libros, historias, textos, le consagran de Saavedra; y que ahora parece que sería casi tal vez tan discreto sostener que no es Saavedra sino Sayavedra como decir, por ejemplo: —No, señores; aquel poeta no se llamaba *Lord Bryon*, su nombre era Jorge Gordon.—Estáis todos equivocados: aquel literato no se llamaba «Fenelon», sino Francisco de Salignac de la Motte.—Tampoco ese famoso naturalista de que habláis, no era «Buffon», sino que Luis Leclarc. Ese Duque de Rivas, que celebráis de poeta, era Angel de Saavedra...

¡Pero quien conoce por esos apelativos a esos valores eminentes!

Pueden sustituírse los nombres o apelativos de un personaje, pero ya reconocido, parece que jamás podréis borrarle de la historia.

Sin embargo, antes del punto final, debemos consignar que la mejor razón de última data que hemos logrado allegar al respecto, parece que la da la modulación y acento de la propia pronunciación regional, y que el apelativo Saavedra alli pronúnciase *Sayavedra*. Dato es éste que nos lo da un andaluz, y el convencimiento queda ahora en definitiva al criterio del lector.

IV

Breve biografía de Juan de Saavedra o Sayavedra

Decíamos que se ha originado una verdadera confusión con los apelativos de los conquistadores españoles Sayavedra; y, para documentarnos, aparte de hacerlo en las crónicas antiguas y en distintas historias, hemos revisado también enciclopedias; aunque, en verdad, con la desconfianza y lección de otros casos, habíamos prometido no reincidir en recurrir a sus páginas (1); pero lo hacemos únicamente para confrontarlas entre sí.

Veamos nuestro caso: Enciclopedia *Espasa*, t. 52. p. 1033 SAAVEDRA (Juan de) Biog.—Conquistador español del siglo XVI. N en Sevilla y m. ejecutado en el Perú en 1544...militó a las órdenes de Diego de Almagro...»

---

(1) En 1925 publicamos la obrita *Restauraciones Históricas*, Imprenta de la Armada, y por curiosidad indagamos lo que *Espasa* decía sobre Lord Cochrane. Puede leerse en la pág. 208 de esa obrita o en la mismo Enciclopedia, si no lo ha modificado. El caso es que decíamos allí: «Es difícil encontrar mayores errores en tan pocas líneas».

Pero no se crea que es la enciclopedia la que incurre siempre en estos errores; son los asesores de cada país los que dan esos informes descuidados, y las enciclopedias son víctimas, muchas veces, de datos inexactos.

Después de dar algunos antecedentes fidedignos, agrega:... «cuando supo que Vaca de Castro había llegado al Perú como gobernador y con poderes del rey. Alistose Saavedra bajo la bandera de éste y se distinguió en la batalla de las Chapas (1542) en que fué vencido Almagro»...

Sabemos que Saavedra no asistió a la batalla de las Chapas; y no es Chapas sino *Chupas*; y en que fué vencido—no Almagro que ya estaba muerto—sino el hijo de éste. Mas, esta biografía es verídica en los hechos capitales: *nombre y apellido*, *nacimiento y muerte*, 1544.

Ved lo que la misma enciclopedia dice por Sayavedra, t. 54. p. 820: SAYAVEDRA (Juan de) Militar español N. en Sevilla y M en Chuquinga, Perú, *21 Mayo de 1554*».

Por la muerte acaecida en distinta parte y diez años despues, podría decirse que se trata de otro Sayavedra, pero entonces no agregaría: «En 1534 pasó a América y tomó parte en la expedición de Quito a las órdenes de Pedro de Alvarado. Se pasó despues al partido de Diego de Almagro al que acompañó en el descubrimiento de Chile...»

Se trata, pues, del mismo personaje, desde que ningun otro capitán Saavedra o Sayavedra parece que acompañó a Almagro a Chile.

Ved ahora como ilustra el caso el Diccionario Enciclopédico Hispano-americano de Montaner y Simón, t. 19 p. 816 (Conste que no nombra a Saavedra).

(SAYAVEDRA (Juan de) Biog. Aventurero español. N. en Sevilla. M. en Chuquinga (Perú) el 21 de Mayo de 1554. Marchó al Perú en 1534 con el cargo de alguacil mayor en la expedición de Pedro de Albarado a Quito y habiendo tomado el partido por Pedro de Almagro le sirvió en el descubrimiento de Chile y luego en la batalla de Abancay (1537) y en las negociaciones y entrevistas de de Mera con motivo de la demarcación de Nueva Toledo...»

Más prudente será no seguir copiando esta runfia de errores. Desde luego sabemos que Almagro se llamaba Diego y no Pedro; las entrevistas no fueron en Mera sino en *Mala*, y no se trató allí de demarcaciones cuanto de la desocupación del Cuzco... ¡Qué se trata de otro Sayavedra! Entonces no se le mezclaría ni con Almagro ni con su viaje a Chile...

Parece que estas enciclopedias han contribuído a trastornar el criterio de los partidarios del apellido Sayavedra; y ya veis la confusión o corrupción que se origina con perjuicio del nombre del descubridor de Valparaiso, el bizarro capitán don Juan de Saavedra.

Resolvemos hacer esta biografía con los propios antecedentes que hemos podido obtener.

SAAVEDRA—conocido tambien por *Sayavedra*—(Juan de). Conquistador español n. en Sevilla y m. en Lima (Perú). *Octubre de 1544*. Hijo de una ilustre familia sevillana, pasó a América al servicio del conquistador de Guatemala don Pedro de Alvarado,

con quien seguidamente fue al Perú en su expedición a Quito; pero habiendo sido copadas por Almagro las tropas de Alvarado, en Riobamba, en los arreglos de estos dos caudillos y entre aquellas tropas pasó el capitán Saavedra al servicio de don Diego de Almagro a quien ayudó a organizar su expedición a Nueva Toledo o Chile. Del Cuzco le envió Almagro con su avanzada de cien hombres hasta Paria donde le tuvo gran acopio de víveres, elementos y hombres, con gran satisfación de aquel y de sus tropas. De allí hizo la travesía de los Andes con su jefe, y al estar las huestes conquistadoras en Aconcagua, don Diego le ordenó—despues de haber llegado el buque *Santiago* con elementos para la expedición—se adelantara Saavedra o Sayavedra para revisar la costa, donde descubrió una rada o puerto al que dió el nombre de *Valparaíso*, en honor del nombre del pueblo español de su nacimiento. Vuelto Almagro al Perú, vía de la costa, o los desiertos, y al saber que los indios peruanos sublevados tenían cercado en Arica un buque suyo, sin elementos para movilizarse, envió a Saavedra con tropas de caballería, y gracias a sus prontas providencias salvó a los tripulantes y al buque de ser incendiado. Saavedra fué uno de los mas bizarros y valientes y el más joven de lós capitanes de Almagro. (En una declaración prestada el 18 de Octubre de 1538 en una probanza del Secretario de Almagro, Hernando de Sosa, dice tener mas de 25 años. *Colección* de Medina t. 5. p. 242). Despues de las incidedcias de los Pizarros con Almagro, aquellos, sobre todo Hernando, trataron de atraer a su bando a Saavedra o Sayavedra pero éste rehuzó con dignidad abandonar a sus amigos. Asistió a la batalla de Abancay, ganada por Almagro al general de Pizarro, Alvarado, pero no tomó parte en la batalla de las Salinas en Abril de 1538, en favor de Almagro, por haber quedado enfermo en el Cuzco. Después de algun tiempo, muerto ya el marqués Pizarro, se retiró a Lima y por estar Saavedra en desacuerdo con Rada en la atención y dirección del hijo de Almagro, no asistió a la batalla de las Chupas el 15 de Septiembre de 1542. Posteriormente, en los múltiples trastornos que se suscitaron en el Perú hasta llegar al alzamiento de Gonzalo Pizarro, Saavedra o Sayavedra, estando al servicio de éste, recibió salvoconducto del virrey Nuñez de Vela, con la intimación de declarársele traidor en caso de no plegarse al bando real; y como Saavedra estimara que éste estaba al servicio de S. M. se pasó a su campo.

Creemos que no hay quién pueda informar mejor aquellas intrigas políticas entre el virrey Núñez de Vela, cabildo de Lima, y Gonzalo Pizarro, que el cronista Agustín de Zárate que, «como contador de cuentas del reino» actuó personalmente en estos asuntos. En su *Historia del Perú*, lib. V cap. 13, o Autores españoles t. 26 pág. 521, da cuenta de la tragedia de Saavedra o Sayavedra así: «Y el otro día en la mañana vinieron algunos capitanes de Gonzalo Pizarro a la ciudad y dijeron a los oidores que luego despachasen la provisión; sino que meterian a fuego y sangre la ciudad (Lima) y serían ellos los primeros por quienes

comenzasen. Los oidores se excusaron cuanto podían, diciendo que no tenían poder para lo hacer, por lo cual el maestre de campo Carvajal, en su presencia sacó de la cárcel cuatro personas de los que tenía presos, y a los tres dellos, que fueron Pedro del Barco y Machin de Florencia y Juan de Sayavedra, los ahorcó de un árbol que estaba junto de la ciudad, diciéndoles muchas cosas de burla y escarnio al tiempo de la muerte»... Y luego agrega: «Esta entrada (la de Gonzalo Pizarro) y recibimiento pasó en fines del mes de Octubre del año de 44, cuarenta días después de la prisión del virrey.

Mas aún, Diego Fernández Palatino, en su *Historia del Perú*, Madrid, 1571, confirma esta trágica version como obra del sanguinario Francisco Carvajal, maestre de campo de Francisco Pizarro, quien habiendo sacado los cuatro presos de la cárcel de Lima «en cendas acémilas los llevó fuera de la ciudad... y ahorcó los tres que fueron Juan de Sayavedra, Pedro del Barco y Martín de Florencia, cada uno en su rama de árbol que estaba en el camino por donde debía pasar Gonzalo Pizarro lo cual hizo diciendo donaires.» (El propio cronista declara constarle el hecho).

Garcilaso de la Vega, en sus «Comentarios Reales», cap. 18 p. 214, confirma en todas sus partes aquella muerte alevosa del capitán Saavedra, y dice:... «y a los tres de ellos que fueron Pedro del Barco, Martin de Florencia y Juan de Saavedra, los ahorcó en un arbol que estaba junto a la ciudad, (Lima), diciéndoles cosas de burla y escarnio al tiempo de la muerte... y agrega: «y a Luís de León salvó la vida un hermano suyo que venía por soldado de Pizarro y se lo pidió por especial merced» (1).

Tenemos, pues, con la aseveración de tres cronistas de aquel tiempo, que las enciclopedias hacen actuar al desventurado Saavedra o Sayavedra diez años después de muerto.

Rememoraciones sobre Almagro

Terminamos esta crónica con absolver de antemano, las preguntas que formulare algún niño chileno—fuere de hoy o de mañana—como ésta por ejemplo:

—¿Qué beneficios proparcionaron a este país Almagro y sus compañeros?

—Sin duda el mayor de todos: el de descubrirlo; el de darle a conocer del mundo por medio de sus vías terrestres y de la ruta marítima que nos abrió los senderos de los ámbitos del or-

---

(1) Garcilaso, «Comentarios Reales» en el cap. 19 p. 215, dice: «La muerte de Pedro del Barco y Martin de Florencia y Juan de Saavedra causó gran alboroto en la ciudad y en el campo de Gonzalo Pizarro porque (como dice Diego Fernández Palatino cap· 25) se extendió y temió que Francisco Carvajal matara a todos los que habian preso» Entre estos estaba el capitan Garcilaso de la Vega, el poeta, padre del historiador y capitán.

(2) Fernández, el palentino, porque era natural de Palencia (Castilla la Vieja).

be para compartir con los pueblos cultos los atributos de la civilización.

—¿Decís que los descubridores vinieron tras una región del oro y las riquezas y se fueron desilusionados por encontrarse con un país pobre que despreciaron?

—La mayoría sí; pero Almagro y alguno de sus compañeros se fueron pensando sin duda, que esta tierra fecunda si no valía tanto como el oro, al menos podía vivirse en ella. Aquel se fué sugestionado por sus amigos, por la política de los Pizarro y a establecer en el Cuzco la capital de su gobernación de Nueva Toledo o Chile. ¡Cuántos vencidos de las Salinas no recordaron después que aquellas tierras bellas y fecundas valían tal vez más que el oro que les prometía la capital de los incas con todas sus riquezas entre duelos y querellas!...

—¿Preguntais que recuerdos o enseñanzas nos ha dejado Almagro?

—Al lado de los defectos que tuvo o pudo tener aquel conquistador, brillan hasta confundirlos y anularlos, grandes y bellas virtudes: la entereza y la constancia, su asombrosa actividad y su acción en el trabajo; y, no sólo hay que admirarle como gran maestro de energías cuanto por la sobriedad de su temperamento como fiel en sus tratos y promesas, atento en sus agradecimientos y ecuánime en apreciaciones y justezas. Enemigo mortal del egoismo, fué religioso en el alto culto del noble desprendimiento, y sumo sacerdote del templo de la generosidad. Entre profanos encontraréis muy rarísimos casos en la historia como el de Almagro, de hacer grandes sacrificios para adquirir y atesorar riquezas sólo para darlas o tener el placer de repartirlas. Por eso aquel hombre que de humilde condición ascendió hasta las alturas de honores y de títulos, llegó a ser—podemos decirlo aquí— el único mariscal, verdadero socialista, que se conoce como igualador y repartidor de bienes...

Aquel hombre, como tantos y tantos innúmeros ejemplares en todas las ramas de actividades y valores culturales, ciencias y artes, hacen enorgullecernos de nuestra estirpe de la gran raza española, pilar inconmovible de la comunidad humana.

Hay que recordar también, entre nosotros, que Almagro quitó e hizo olvidar a una parte de nuestros aborígenes, el baldón de los tributos con que les agobiaba el inca del Perú.

Tras Almagro vinieron nuevos conquistadores que trataron de imponer su civilización y su dominio entre los araucanos; más estos defendieron con tal heroísmo sus tierras, que corrieron torrentes de sangre de ambas partes, y la lid fué cruenta, tenaz y despiadada... hasta que con el trascurso del tiempo vino la intensa fusión de sexos como final de esa guerra de sometimiento e independencia. Por eso dice un poeta popular: Y en esa lucha viril,—las victorias viendo escasas,—se unieron estas dos razas—bajo este cielo sereno:—de esa unión nació el chileno,—esforzado y varonil...

V

Consideraciones sobre España

Con ocasión de este aniversario tenemos que pensar en los rigores que la suerte o lo que llaman el hado del destino, mantiene hoy angustiada a nuestra Madre Patria, España. Entrañables antagonismos ideológicos y enconada lucha fratricida la desgarran y desangran en forma por demás trágica.

Los sentimientos de los hijos se miden por sus afectos, abnegación o sacrificios para la madre a quien deben la existencia; pues que mal nacidos se llaman los que no responden a aquel filial sentimiento.

Por eso, mientras tanto se produce el sosiego, unamos nuestros votos en esotérica comunicación de espíritu para que élla salga o termine su terrible drama y logre realizar sus ideales. ¡Tengamos plena fe en que nuestra querida Madre Patria jamás ha de morir!

La vieja Iberia, de Viriato, la antigua Hispania victrix, la España del Cid; la de Sagunto, de Numancia y de las Navas, de Zaragoza y Bailen; la de los grandiosos descubrimientos y conquistas; la de Alfonso el sabio, de Carlos I, o V, del Alemania: aquella de cuyo poderío no habían riberas en la tierra donde el mar bata sus olas sin que choque con playas españolas; la España de los grandes capitanes e insignes navegantes; la patria de los bardos y poetas: aquella augusta España de los sabios, de los varones ilustres y príncipes de los ingenios: la de Lope y Calderon, de Quevedo y de Cervantes; la productora de artistas, Velásquez, Murillo, Goya...; la cuna de las maravillosas leyendas, de las nobles tradiciones, de las heroicidades y de hidalgas bizarrías; la España gloriosa e inmortal,...ha de seguirlo siendo!

Por más crueles que fueren sus vicisitudes internas, esos contrastes no pueden ser sino pasajeros accidentes históricos a que está afecta hoy toda nación con los trastornos organizados por los postulados de la locura con que se trata de conmover el mundo. Mas, aunque de aquí sobreviniere una conflagración internacional, jamás por jamás, perecería España! Dada aquella su «recia vitalidad» — que entre todas las naciones le reconociera Bismarck —; de entre escombro y ruinas renacería mas entera y depurada, mas pujante y vigorosa! ¡Qué así como en otras épocas expulsó, fiera, a terribles invasores de su suelo, sabrá sacudirse ahora de la brutal invasión de la anarquía!

La simpatías de Hispano-América, en un principio de iniciada la guerra civil, estaban con el gobierno constituído; pero si a este defendían las fuerzas de la legalidad, entre sus dignos defensores republicanos y socialistas, marcharon también en señalada falange, haciendo alardes de inhumanidad desconocida muchos

que han demostrado ser, se dice, «adalides de presidio» y «héroes del terrorismo anarquista». Y esto fué sin duda lo que le grangeó enemistades serias, y lo que puso frente a Rusia y Francia a Italia y Alemania en sus ayudas.

Ojalá que aqueste voto llegue a ser sólo un deseo en el nuevo ciclo histórico de la nación española, que le habrá iniciado seguramente ya, antes que vean la luz pública estas simples expresiones.

Y en este momento trágico de la Madre Patria es la ocasión en que debemos prevenir a nuestra juventud que extreme precauciones ante los avances del comunismo, la anarquía y terrorismo que envenenan el mundo con la semilla nefasta de las ideas del odio (1).

---

(1) En 1925, en una obra nuestra, «Restauraciones Históricas», p. 362, hablando de la patria hacíamos igual prevención y un llamado a la juventud en esta forma:

«*Patria significa dignidad, unión, culto, cultura, amor y libertad; Humanidad, simboliza junto con todos los derechos del hombre, la paz, la confraternidad, concordia, progreso, civilización. Ambos términos se atraen, se completan y unidos marchan tras el bello ideal del bienestar.*

¡Juventud chilena! Iluminad siempre vuestro espíritu ante el concepto de patria y libertad. Vuestra alma generosa no se deje seducir jamás por ilusorios sofismas de imposibles ideas filosóficas, por desequilibradas utopías anarquistas. No preconizamos la guerra: la detestamos; pero para el caso, acordaos del ejemplo de Francia. Acordaos que en la gran conflagración, los viejos socialistas ni los ilusionados jóvenes comunistas franceses fueron llevados a la fuerza a las trincheras, y que colgado el ideológico credo en los cuarteles, formaron esas bravas legiones que defendieron victoriosas el terruño del Marne y del Soison. Gustavo Herve, el notable publicista y catedrático francés, destituído por sus artículos en el diario «Sans Patrie»; Remy Gourmont, el célebre escritor destituído también por el gobierno francés por idénticas causas; cuando la Patria estuvo en peligro, fueron los primeros en llegar a los cuarteles y los que con su ejemplo y su talento levantaron el espíritu de los heróicos PÓILU; *y ante el altar de la Patria, abjurando errores juveniles como millares de franceses lo hicieran, corrieron a las trincheras a defender el honor de la Francia gloriosa e inmorta.*

Y citamos el ejemplo de Francia porque de su alma nació la primerla voz de patria. CHARTIER, *el inspirado vate, para enardecer el sentimiento de sus conciudadanos ante el sacrificio de la heróica doncella de Orleans, para expulsar a los ingleses de su territorio, fué él primero que la pronunció; y en vibrantes estrofas personificaba a la nación en una madre afligida, exasperada y trágica, que incitaba a sus hijos a defenderla y defenderse. Esa madre era la* PATRIA.

.....

No. Somos optimistas y tenemos fe en que nuestro país colaborará brillantemente en el progreso y bienestar humanos sin necesidad del anarquismo. Estas doctrinas sólo pueden prosperar en países absolutamente desorganizados o donde impere, junto con el absolutismo y tiranía, la pobreza y la miseria en las clases proletarias. Levantemos éstas y las teorías disólogot no HARÁN PATRIA *entre nosotros. Dejemos estas doctrinas a los ideológicos, a la devoción de los pesimistas, por más que alguien ha dicho que el pesi-*

El socialismo que en varios países se ha hecho de prosélitos gracias a la tolerancia de desentenderse de utópicos principios, ahora tendrá que reaccionar ante el concepto mundial por el hecho que muchos llaman deshonroso el que medre entre malas compañías. El comunismo, la anarquía, el terrorismo bolcheviques, con artera maña, se escudan detrás del socialismo—que nunca ha hecho alardes de inhumanidad—para cohonestar, aquéllos, su feroz acción de España. Y no es posible que se borren o se oculten del entendimiento de los hombres las palabras *concordia, compasión, humanidad*, ni que se repitan las atrocidades que se dicen cometidas por los que muchos llaman «los desalmados» *Tribunales del Pueblo*, o que puedan actuar en otros países resucitando los hechos atroces de las hordas salvajes de los primeros siglos de nuestra era. ¡Qué la famosa «Dictadura del proletariado» siga haciendo para si, la gloriosa felicidad de la Rusia actual: que parece no quiere presenciar—en el propio—ningún país azaz civilizado, como han arrasado en España esos dignísimos hunos con todos los valores materiales, económicos, artísticos y culturales!

Bien mirada, según se dice, esta guerra ha sido provocada por dos fanatismos definidos: «el religioso y el comunismo bolchevista o la anarquía».

La victoria más preciada debería ser entonces coronada por la paz de avenimiento y la concordia de reconstrucción nacional y que el mundo admiraría con respeto.

De desear sería: ¡Nada de entusiasmos ni de trasportes civiles: manifestaciones que deben ser de dolor. Nada de regocijos religiosos, que serían para provocar y mantener el rencor! ¡Que mejor descansará la Concordia bajo el manto del perdón y apoyada en su báculo del olvido!

Idea sobre Escuelas de civismo.

Tomando pie de las consideraciones que sugiere la tragedia de España, con quien estamos ligados por el propio centenario que hoy celebramos, y como un sencillo tributo a tal efemérides, lanzamos a «decollar» esta idea que, en manos más expertas, será mejor concebida y presentada ya que parece no existe en ningún otro país.

Como exordio de esta idea recordamos que el civismo es tomado hoy como algo retrasado, como una expresión vieja, anacrónica, que hizo ya su época entre nosotros; mientras algunas

---

mismo es la filosofía de los fracasados y derrotistas, de estos virtutuosos que viven soñando derrumbes y rumiando males, y que cuando más adornan con bellezas retóricas su cobardía de espíritu.»

naciones le otorgan preferencias o con decisión le vigorizan. Así vemos que hasta el fiero cicambro bolchevique adora hoy lo que ayer hizo quemar con alborotado regocijo de sus turbas... El tirano zar de coronilla, manda ahora acreditar la patria!

Si miramos bien nuestras escuelas, puede decirse tal vez que el civismo, por hoy, allí no se le enseña; pues conocido su magistral sistema, —al ritmo de las «ideas avanzadas» de *dar libertad al niño y suprimir toda admonición* o reprensiones y parece que aun hasta consejos: (¡qué el niño ha de tener y mantener su especial criterio propio!); y aquello del *civismo* significaría quizá una especie de castigo: sería coartar la libertad del niño y perturbar su albedrío para la elección de su destino o entregarse, —según las tendencias que primen en el ambiente—en los brazos que le tiende el cariñoso Komintern...

En los colegios, liceos, institutos, universidades, el civismo se enseña en forma asaz medroza o desmedrada y cuando más académica; pero particular y reservadamente, ante ideas más avanzadas aún: y tal, que los colegiales a veces en «huelgas cívicas», saben imponer su soberbio cariz de color subido, para dominar heroicamente... la situación.

El mocito, el joven del campo o de la ciudad, de la faena fabril, agrícola o marítima necesita no sólo los conocimientos de la escuela o del colegio sino que saber a qué partido político le conviene pertenecer con entera independencia para encaminar sus pasos por la vida ciudadana y satisfacer sus ideales con luz desinteresada. El padre, en esto, tiene prejuicios que no debe imponerlos al hijo; los colegios, —sean de la clase que fueren — sus ordenanzas que acatar; y los partidos, los gremios o agrupaciones: unos sus programas o tradiciones y otros sus instintos de rebaño o aferrada fe de tribu.

Y esa elección tan capital, parece que ha sido y sigue siendo el mal básico general que nos encaminó a este bello siglo del desorden, la turbulencia, el terrorismo y la demencia; y nuestros gobiernos siguen creyendo que el civismo o el amor a la patria se aprende perfectamente en el hogar y en los colegios...

El civismo, entre nosotros, debe comprender no sólo los deberes que el ciudadano tiene para con la patria y la protección que merece de élla, cuanto la enseñanza de la *disciplina del órden* la rectitud, la honradez de compromisos en todas las acciones de la vida: hacer del ciudadano, cualesquiera que sea, un hombre vigoroso, de acción, que conozca sus deberes para con los suyos y para consigo mismo, que se sepa respetar por su *honradez de cumplimiento y puntualidad*... ¡Cuánto habría que decir sobre esto!

Sin formar al niño ni al ciudadano, se marcha a la carrera al alborotado desórden por el camino que vamos.

Mejoremos, sepamos arreglar las condiciones económicas del pueblo, suprimamos las desigualdades injuriosas, las necesidades que gritan el auxilio de hambrientos en pueblos ricos: formemos —porque lo necesitamos tal vez más que ningún pueblo

de la tierra—el *civismo de cultura* (sin chauvinismos) el hombre eficiente en el comercio, en la industria, el hombre honesto y disciplinado en su cumplimiento, desde el obrero del músculo al del cerebro: el hombre consciente de que hoy asalariado, con sus propios esfuerzos, mañana puede ser capitalista, y el anarquismo y terrorismo bolcheviques emigrarán de nuestro suelo: que ahora con nuestra indiferencia sólo conseguimos fomentarles.

Habría que pensar, pues, en crear o más bien pedir al gobierno el establecimiento de ESCUELAS CIVICAS, técnicas e imparciales que tengan por objeto seleccionar grupos de profesores que, junto con inculcar a los educandos el civismo en la verdadera forma que le exige el sentido moderno, enseñen a estudiar, comentar. comparar los diversos sistemas políticos—fijaos bien, sin que aquellos profesores o maestros puedan pertenecer directamente o abanderizarse a ninguno de esos partidos,—y analizar sus doctrinas ideológicas bajo sus aspectos económicos, filosóficos, científicos, espirituales y religiosos.

Aquellas Escuelas o institutos enseñarían el civismo y podrían ser a la vez ESCUELAS DE CULTURA y de *Elocuencia* que difundiría con profesores españoles u otros, la oratoria o la ciencia de la palabra en los jóvenes del pueblo, de ambos sexos, para dar conferencias y propagar la cultura especialmente sobre tópicos de civismo científico universal. Sus cultores o maestros, ya formados en el mismo plantel, tendrían aquel respeto que les otorgare su *jerarquía de independencia* de no pertenecer a ningún credo, partido o determinada religión; ninguna de las cuales podría tampoco propagar ni condenar.

Sus maestros predicarían la doctrina de la concordia: la honradez en el órden, la disciplina en el cumplimiento del deber, la hombría en la fidelidad, rectitud y honestidad; y todo para llegar a la verdadera confraternidad humana, sin odios ni prevenciones.

Uno de los principales fundamentos en que descansaría la importancia y prestigio de estas escuelas, institutos o fundación, aparte del contenido en su idea generatriz, sería el dar en éllas intervención directa a la mujer; y aun, en caso de que no pudiere encontrarse elemento independiente o neutral, podría tal vez entregarse la propia dirección a la mujer, y cuyo personal se iría formando y seleccionando entre el profesorado primario, como encontrare más conveniente su creación, la Dirección General de Enseñanza.

Debe comprenderse que estas son simples anotaciones para que alguien pueda dar forma a esta idea. No tienen otra pretención, ni mucho menos una intromisión ni crítica en los planes pedagógicos: es, cuando más, una observación que nos sugieren los acontecimientos que todos estamos presenciando. Lo que deseamos, sí, porque tenemos derecho a reclamarlo—los que no nos convencen las «ideas avanzadas» ni soviéticas y que aun cree-

mos en los lazos de la familia y que tenemos niños que instruír—es que se trate de estudiar la reforma pedagógica de la instrucción primaria actual, muy sabia sin duda, pero en su base absolutamente inapropiada a nuestra indiosincrasia nacional. Parece que la «libertad del niño» no necesita maestros para enseñarla ni aprenderla. Entre nosotros es demasiado libre de por sí: lo que se necesita es vigilar, sin castigos torpes, aquella libertad y enseñarle, parece que antes que todo, la disciplina del orden, de respecto y cumplimiento de que hoy carece el niño—por el ambiente de fuera y de «más adentro»—y que luego joven y enseguida hombre, con mayor razón desprecia.

Parece que no es posible, asimilar de inmediato, sistemas muy sabios para los niños de otras civilizaciones milenarias, en una nación que se está formando, que data de ayer, y que,—como se nos ha dicho—dista aún poco de la prehistoria...

Nos preguntais ¿Por qué, en esto, debería darse preferencia a la mujer?

—Respondemos en dos palabras: (el tiempo nos lo reclama) Porque la mujer, en general, más educada e instruída que hoy, es la única que puede formar el niño; la única que puede quitar luego la agresividad del hombre; y la única que, con el amor, la humildad y las dulces formas de insinuarse, puede ablandar las fierezas del—Coriolano—varón, desarmarle, quitarle suavemente las armas de las manos; y si no terminar, aminorar al menos, el crímen de las guerras... (1) La mujer más educada e instruída, y otorgado por el hombre mejor papel que desempeñar en la vida, tendrá la engrandecida era futura que le corresponde en la historia para gloria de la humanidad.

TÁCITO.

(1) Leed, sobre la mujer, la obra *EROS*, que pronto promete aparecer.

INDICE

CAPITULO I

PAG.

I. Honores al descubrimiento de Chile y homenajes al descubridor de Valparaíso.— II. Expedición marítima de Almagro.—Llegada del *Santiago*. Juan Fernández y una anécdota.—III. Visitas de inspección de Almagro y la Historia de Valparaíso.—IV. Cómo fué descubierto Valparaíso..... 3

CAPITULO II

I. Almagro funda el puerto de Valparaíso.—II. Noticia sobre don Pedro Mariño de Lobera.—III. El verdadero apelativo del capitán sevillano descubridor de aquel puerto.—IV. Biografía de Juan de Saavedra o Sayavedra.—Rememoraciones sobre Almagro y algunas consideraciones sobre la Madre Patria España..... 13

Idea sobre *escuelas de civismo*..... 26